

## RESEÑAS

OLIVEROS, ANGEL.

“L’enseignant et le changement en Amérique Latine: possibilités, limites.” Perspectives, CO, Paris, Vol. V, No 2, 1975, pp. 244-252.

En su artículo “El maestro y el cambio en América Latina: posibilidades, límites”, Angel Oliveros (profesor de pedagogía en la Escuela Normal de la Universidad de Salamanca, España, y del departamento de educación en la Escuela Normal de María Díaz Jiménez de la Universidad de Madrid), nos propone un análisis la condición del maestro en la sociedad latinoamericana.

Su estudio breve ofrece, sin embargo, una visión sintética bastante completa de la situación, dividida en dos partes. En la primera, descriptiva, nos proporciona una serie de datos gracias a los cuales llega a destacar cuáles son las características fundamentales del docente en América Latina. En la segunda, partiendo de esas mismas características, propone una serie de medidas, reformas educativas, que permitirían dar al sistema educativo latinoamericano nuevas perspectivas.

El problema fundamental planteado por A. Oliveros es el de la influencia del cuerpo docente sobre la población latinoamericana. Su importancia, con respecto al conjunto de la población activa latinoamericana es considerable: 2.32%. Este dato nos podría llevar a la conclusión de que el cuerpo docente tiene una influencia sobre la sociedad, influencia que correspondería a su importancia numérica. Desgraciadamente, esta influencia es muy limitada por dos razones que están muy relacionadas.

Una se debe al espíritu mismo del cuerpo docente y se caracteriza sobre todo por su conformismo y su conservadurismo. Esta mentalidad, generalmente comprobada en la mayor parte del cuerpo docente en América Latina, se debe al origen social de los maestros. En el nivel de enseñanza primaria, casi la totalidad de los maestros pertenecen a las clases populares y su conformismo se debe al temor hacia la jerarquía y al respeto por el orden establecido. Esta profesión reprmnta para ellos una garantía de estabilidad, mediante la aceptación sin rebeldía de las órdenes emanadas del nivel más alto de la jerarquía.

Además, el 82% de los maestros de enseñanza primaria en América Latina son mujeres (46% en la secundaria, 41% en la enseñanza técnica), lo cual no implica que es un gran obstáculo para perspectivas de cambio. Este dato sólo nos ayudaría a entender el por qué de este conformismo, ya que la mujer en América Latina tiene una concepción muy limitada de la profesión. Para ella, enseñar significa, además de una estabilidad económica, la posibilidad de conciliar una actividad profesional y la vida del hogar, familia. Tampoco debemos olvidar que esta profesión en América Latina, en donde no se acepta del todo aún que la mujer trabaje fuera de su casa, representa una ocupación con cierto prestigio y que corresponde a las “inclinaciones naturales” de la mujer: ocuparse de los niños.

En el nivel de la enseñanza secundaria, los maestros salen más bien de la clase media, pero en este nivel el fenómeno se matiza un poco más que en la enseñanza primaria, es decir, que el conformismo cuerpo docente se debe a dos causas distintas.

Para los maestros que pertenecen a la clase media baja, esta profesión les permite asegurar cierta continuidad en su estabilidad social si la quieren conservar, tienen que conformarse también con el orden jerárquico establecido. Para los maestros de clase media alta, el fenómeno es sensiblemente distinto: su conformismo se debe más bien a un desinterés por su profesión, en la cual se sienten limitados en su actividad intelectual, lo cual constituye una especie de frustración que compensan mediante actividades anexas como: periodismo o política, esta última muy característica de América Latina.

De manera general cualesquiera que sean las causas, la característica más distintiva del cuerpo docente latinoamericano es su conformismo, su espíritu de conservadurismo muy poco propicio a una evolución y transformación del sistema educativo como iniciativas propias de los maestros.

La segunda explicación a este fenómeno sería más independiente del cuerpo docente mismo y se debe más bien al sistema en sí. Lo más evidente, en toda América Latina, es la falta de formación de los maestros.

Según las estadísticas proporcionadas por A. Oliveros en su artículo, en 1965, en Brasil solamente 23% de los maestros de enseñanza secundaria tenían una licenciatura universitaria; en 1970, en Venezuela sólo el 27.2% de los maestros de secundaria tenían el título requerido; en Colombia el 33%, y hasta en Costa Rica, que se conoce como un país muy preocupado por la educación de su población, sólo el 34.26% de los maestros tenían diplomas universitarios.

Sería vano alargar esta lista de estadísticas para damos cuenta que la falta de formación de los maestros es un factor grave en América Latina, factor que impide también la influencia posible que podrían tener los maestros sobre la población a causa de su falta de competencia que resulta de esta carencia de formación.

Además, dentro de esta formación, ya limitada, que reciben los futuros maestros, existe un falso planteamiento de la profesión. El futuro maestro se dedica en primera instancia a aprender lo que luego tendrá que enseñar, es decir, el contenido, la materia, y en segundo lugar, la manera en que lo va a enseñar, la pedagogía, el “cómo”.

Lo que propone Oliveros, a este respecto, es elevar este “que” y “cómo” a un nivel superior de “por qué” y “con qué fin”, para que se desarrolle en los maestros la conciencia de su profesión, lo que representa o podría representar, es decir, una potencialidad de influencias sobre la población que conducirían a una evolución y transformación político-sociales. Se trataría entonces de resituar a la educación dentro de su verdadero papel en la sociedad.

Otro factor característico de América Latina y que impide que los maestros dejen de ser conformistas en su profesión, es el impacto que tiene la política en estos países. El maestro es más bien considerado como un funcionario que sufre, al igual que los demás funcionarios atados al régimen, los cambios políticos más bruscos y más repentinos en el Tercer Mundo que en los países “desarrollados”.

Existe también otro factor, que sería menos dependiente de los regímenes políticos a pesar de que éstos podrán aportar mejoramientos a esta situación, y que se debe a la geografía de América Latina. En efecto, la situación geográfica latinoamericana provoca el aislamiento, sobre todo de los maestros rurales cuya proporción no insignificante en estos países, aislamiento que constituye, un obstáculo a la evolución, en el sentido en que materialmente los maestros rurales llegan difícilmente a conocer las reformas o la evolución general del sistema educativo de su país.

El último factor sería la existencia en América Latina de dos sistemas de educación paralelos: un sistema de colegios privados y universidades, reservado a la clase privilegiada, y un sistema de colegios públicos y de enseñanza técnica, industrial, destinado a las clases populares.

Este doble sistema, en vez de funcionar para reducir la distancia entre las clases sociales gracias a la educación, lo que representa la meta “oficial” de los regímenes políticos latinoamericanos, no tiene otra consecuencia que acentuar cada día más esta diferencia y mantener cada clase social en su condición de privilegiados o de explotados.

El panorama que acabamos de exponer sería demasiado oscuro si no pudiéramos observar hoy día en América Latina nuevas perspectivas que, aunque se planteen todavía a nivel de esbozos, nos inclinarían a pensar que lo que era nada más que potencialidades hace unos diez años, empiezan a convertirse en posibilidades reales de cambio.

Dentro de las nuevas perspectivas que plantea A. Oliveros en su artículo, podríamos citar algunas que parecen las más interesantes.

Por supuesto, las reformas que propone él, se limitan a la condición del cuerpo docente, y allí le podríamos reprochar el no haber relacionado con mayor evidencia esta misma condición al sistema educativo en general, tal como se concibe hoy día en América Latina.

En primer lugar, propone que se vuelva a dar (no sería mejor dicho “dar” solamente) a la educación su verdadero papel en la sociedad. Si éste es entonces el real objetivo final de la lucha, no que habría que limitarla como lo hace Oliveros, a una modificación de la condición del cuerpo docente, a pesar de que constituye una de condiciones esenciales de este cambio.

Proponer una real formación de los maestros, formación inicial y permanente gracias a una colaboración estrecha entre colegas especializados en diferentes materias, un sistema de maestros auxiliares que se dedicarían a proporcionar a los alumnos la parte “información” de la enseñanza, lo que permitiría al maestro cumplir con su verdadero papel de orientador y consejero, un mejoramiento de los equipos técnicos, la creación de una asociación de los maestros que les permitiría obtener un contacto más grande con la población, y en este sentido recibir de ella una mayor ayuda en su tarea, no ataca al sistema en su verdadero centro enfermizo.

Por otro lado, no se puede negar que esta serie de reformas no contribuirían a aportar un principio de evolución dentro del sistema educativo en general. Hasta Oliveros mismo reconoce que “prepararían el camino para el cambio”, pero habría que ir más al fondo la problemática y ver que la degeneración de la condición del cuerpo docente en América Latina se debe a una grave desviación de educación consecuente de una falta de política educativa rígorosa y planeada.

Pensar, hoy día, que el sistema educativo, en cualquier país que sea, puede situarse fuera del sistema político, sería un error grave. Por esta razón, sería también un error pensar que se puede modificar el sistema educativo sin tocar al sistema político. Hay que atacar el mal en donde está realmente, es decir, en su centro. Y, con respecto a la educación, decidir si se continuará en el camino de las reformas, lo cual sólo puede conducir a un cambio superficial y poco durable o de una vez solucionar la crisis que está conociendo ahora, yendo directamente al fondo del problema (el sistema político), para dar a la educación sus verdaderos fundamentos y fines.

FABIENNE BRADU.